

Bronca entre los conquistadores

André Marcel d'Ans

Acostumbrados por la historia moderna a ver que las grandes empresas de tipo geopolítico dependen de la iniciativa de los Estados, nos cuesta concebir que la conquista de América por los españoles fue más que todo un asunto privado. Eso explica por qué los conquistadores mostraron tanto ardor para obtener beneficios, y por qué sus acciones respecto a los indígenas demostraron un carácter tan despiadado: cueste lo que cueste, los agentes de la conquista tenían que probar su eficacia ante sus comanditarios, y asegurar al mismo tiempo su fortuna personal al enviar hacia la madre patria la mayor cantidad posible de metales preciosos. Ahora bien, la extracción minera sólo era factible si se disponía de mano de obra, y como el trabajo asalariado era totalmente incongruente en el contexto de la época, la práctica de la esclavitud será el inevitable corolario de la búsqueda de metales preciosos.

Sabemos que en las Grandes Antillas, donde los españoles se establecieron inicialmente (en la Hispaniola primera, y luego, a partir de 1511, en Cuba y en Jamaica), las poblaciones indígenas se extinguieron muy rápidamente. De tal modo que, para satisfacer sus necesidades de mano de obra, los españoles voltearon sus miradas hacia el continente, mandando hacia éste expediciones destinadas no a conquistar el territorio sino simplemente a abastecerse de esclavos. Es así que, más que otras regiones (como Yucatán, por ejemplo donde todavía existían formaciones políticas indígenas con potencial de resistencia), las costas de Honduras – y más particularmente las islas de la Bahía – llegaron a ser, a partir de 1515, uno de sus objetivos favoritos.¹

La Conquista del territorio hondureño propiamente dicho empezó solamente diez años más tarde, viéndose el país (generalmente conocido en esta época bajo el nombre de Hibueras) como agarrado por la tenaza de un doble movimiento de penetración de los españoles, a partir de sus bases de Nueva España (actualmente: México) y de la Castilla de Oro (es decir; Panamá). Súmase a eso el hecho de que los españoles de las Antillas trataban también de afirmar sus pretensiones sobre estas costas continentales en las cuales, como ya lo hemos visto, tenían costumbre de ejercer incursiones esclavistas. Sin entrar en los detalles de las disputas, a veces extravagantes, en las que intervinieron múltiples conquistadores, veamos simplemente cómo, a fin y al cabo, Pedro de Alvarado, lugarteniente de Cortés, terminó por imponerse como dueño de esta parte de las Américas.

En noviembre de 1519, con la ayuda de sus aliados tlaxcaltecas, Cortés había logrado penetrar en la ciudad de Tenochtitlán (hoy en día México). Sin embargo, tendría que esperar hasta el mes de agosto de 1521 para terminar con la resistencia de

¹ Eso dio lugar a una primera proeza de la resistencia indígena en Honduras. En 1516 en La Habana, aprovechando un momento de descuido por parte de sus guardianes durante las operaciones de desembarco, un grupo de esclavos capturados en las islas de la Bahía, se rebeló contra la tripulación que los había traído. Habiéndose apoderado del barco, lograron izar las velas y regresar a Guanaja sin mapas ni brújula. Desgraciadamente, como se podía esperar, fue brutal la reacción revanchista de los españoles, cuyas expediciones esclavistas volvieron a intensificarse a lo largo de las costas de Honduras.

Cuauhtémoc y poder, por fin, considerar al imperio azteca como definitivamente sometido. Hay que notar que durante este mismo año de 1521, Magallanes preció en las Filipinas al mando de la expedición que, por primera vez, iba a realizar una circunnavegación de la tierra. Al ser conocida y divulgada (lo cual todavía tomará un buen tiempo) la noticia de dicha hazaña, iba por fin a disiparse el equívoco relativo a la posición de América sobre el mapa del mundo, a la par que se ponía definitivamente en claro la naturaleza "ístmica" de América Central. Aquellas clarificaciones geográficas distaban todavía mucho de haberse producido en 1521, y aun en los años siguientes. Así por ejemplo, en 1527, cuando Francisco de Montejo fue nombrado gobernador de Yucatán, el decreto que notificaba la real decisión al respecto designada todavía la enorme península... ¡como si fuera una isla!

A pesar de esa gran imprecisión de las representaciones geográficas, una vez vencido Tenochtitlán, la conquista española ganó rápidamente terrenos en dirección del Pacífico (el "mar del Sur", como se decía en aquel tiempo), cuyas costas fueron alcanzadas en 1522. Ese mismo año, la Conquista se apoderó también, hacia el oeste de Michoacán, de Jalisco y de Colima, a la par que se extendía en dirección del sudeste hasta Oaxaca. Luego en los últimos días de 1523, Pedro de Alvarado, llevando consigo algunos centenares de españoles y un ejército de 3000 aliados de Cholula y de Tlaxcala, se lanza a la conquista de Guatemala, país que sólo llegará a dominar al cabo de varios años de sangrientas batallas.

Al comienzo sin embargo, gracias a la alianza que había sabido entablar con los cakchiqueles (cuyo jefe se llamaba Cuauquemala), Alvarado se valió de éxitos bastante rápido sobre los quichés de Utlán. En julio de 1524, como consecuencia de la victoria de Xelahun (hoy Quetsaltenango), dicha ciudad fue saqueada, encendida, y quemados vivos los cuatro reyes que reinaban sobre ella. Acto seguido, Alvarado se instaló en la capital de sus aliados cakchiqueles, la antigua Iximché, que el conquistador volvió a bautizar con el nombre de Santiago de los Caballeros de Cuauquemala.

En ese momento se intercala el extraordinario interludio de la odisea de Hernán Cortés hacia Honduras. Desde enero de 1524, mientras Alvarado ya se había ido hacia Guatemala, el vencedor de México había tenido que empezar a preocuparse por contrarrestar en el Golfo de Honduras las intenciones de su enemigo personal Diego de Velásquez (que gobernaba Cuba), así como las expediciones que Pedrarias Dávila mandaba desde la Castilla de Oro. Para tal efecto, Cortés había despachado hacia la costa hondureña, con una pequeña tropa, a otro de sus lugartenientes: Cristóbal de Olid. La intención del conquistador era, a través de la presencia efectiva de éste sobre el terreno, hacer valer sus pretensiones sobre la mencionada región. Y con mayor razón, sabiendo que ya circulaban rumores acerca de la posible existencia de recursos auríferos en el interior de Honduras, especialmente en la región de Olancho.

Desafortunadamente para Cortés, apenas salido de México, Olid lo traicionó en beneficio de Velázquez. Enterado del hecho, el dueño de México reacciona enviando a Honduras otra expedición, esta vez bajo el mando de su primo, Francisco de las Casas. Por medio de una jugada sucia, Olid logra apoderarse de éste, y lo toma preso junto a Gil González Dávila, otro rival que, por su parte, defendía los intereses de Santo Domingo. Pero a continuación, en a un inverosímil vuelco de situación, Olid a su vez cae en manos de sus adversarios que, para evitar más rebotes, no vacilan en condenarlo a muerte.

Puesto al tanto de esas estupefacientes peripecias, y estimando la situación suficientemente confuso como para que él mismo vaya personalmente a poner orden, Cortés, después de haber confiado la autoridad sobre México en manos que se suponen de confianza, se lanza a su turno en la fabulosa empresa de conducir hasta Honduras, por vías terrestre, un ejército mixto compuesto de españoles y de auxiliares mexicanos, cruzando a pie las junglas del Petén.

El conquistador salió de México en octubre de 1524, llevando consigo en calidad de rehén a Cuauhtémoc, el último emperador azteca (el cual no llegará a Honduras, puesto que Cortés lo mandó matar durante el viaje). Después de haber cruzado todo el territorio mejicano en dirección del este, la tropa penetró las selvas tropicales que forman la base de la península de Yucatán. En esta región, que antes había sido la zona de expansión de los mayas de la época clásica, existían todavía algunos reinos independientes (y que permanecerán en esa condición hasta fines del siglo XVII). Por lo tanto, durante el trayecto, Cortés tuvo que pactar con los gobernantes locales.

Por fin, a fines del verano de 1525, el conquistador y lo que quedaba de su ejército, llegaron al Golfo de Honduras. Poco tiempo después, Cortés fundaba, el 8 de septiembre, en la proximidad de Puerto Caballos (hoy día: Puerto Cortés) una villa dedicada a la Natividad de Nuestra Señora. Dicha ciudad no es la decana de Honduras. En efecto, el 18 de mayo precedente, el enviado personal de Cortés, Francisco de las Casas, había fundada Trujillo. Por otro lado, los adversarios de Cortés tampoco se había privado de fundar ciudades: el traidor Olid había hecho lo propio creando Triunfo de la Cruz, al este de la actual Tela; y Gil González Dávila es recordado por haber sido el fundador de Puerto Caballos (así llamado para recordar el hecho que los caballos de su expedición, que se morían a bordo de las naves, tuvieron que ser tirados al mar en ese lugar). Cabe recordar sin embargo que la fundación de dichas ciudades consistía en actos puramente jurídicos, sin consecuencias prácticas en el plano urbanístico. Es la razón por qué a veces resulta difícil establecer la ubicación exacta de dichas ciudades cuando, como en el caso de la Villa de la Natividad creada por Cortés, dichas iniciativas no prosperaron ulteriormente.

Cortés iba a quedarse en Honduras hasta el 25 abril de 1526, fecha en que vuelve a embarcarse en Trujillo, rumbo a México. Previamente a eso había gastado sus energías y las de su tropa en una penosa expedición que en vano recorrió 500 leguas de espesas selvas, en busca de una hipotética vía hacia el Mar del Sur. Por lo menos, al dejar Honduras, Cortés tenía la convicción de haber arreglado en su favor los conflictos de jurisdicción sobre esa provincia. Para cuidar sus intereses, deja en el sitio a otro de

sus primos, Hernando de Saavedra, nombrado por él lugarteniente-gobernador de la nueva colonia, y encargado de hacer todo lo necesario para concretizar su dominio sobre ella, Con esta intención, Saavedra se empeña en establecer puesto avanzados en la región aurífera de Olancho (en ese tiempo conocido como Huylancho), El 16 de mayo de 1524, funda allí una primera villa con el nombre de Frontera de Cáceres, la que no podrá mantenerse mucho tiempo por las continuas agresiones de Pedrarias Dávila, gobernador de Castilla de Oro, organiza contra los partidarios de Cortés en Honduras.

Muerte de Lempira, consolidación de la conquista y primeras delimitaciones de Honduras.

Ya era tiempo para que el poder real pusiera un hito a tantas disputas. El 30 de agosto de 1524, en un fallo que emite sobre ese asunto, la Audiencia de Santo Domingo había mandado que los diferentes contrincantes salieran inmediatamente del territorio de Honduras, donde la Audiencia crea una nueva gobernación, cuyo mando será confiado a Diego López de Salcedo. Hay que notar sin embargo que la primera delimitación oficial del territorio hondureño que se hace en esta ocasión abarca solamente el litoral del mar caribe, al que, en aplicación de una decisión real del 2 de octubre de 1528, se añadirá posteriormente el "archipiélago de Guanaja" (hoy día: islas de la Bahía).

Mientras tanto, en el interior del istmo, la conquista española continúa atascada en Yucatán y en Guatemala. A tal punto, que hay que esperar hasta 1530 para que un lugarteniente de Alvarado alcance por primera vez el límite occidental de Honduras, al tratar de someter a su autoridad la región de Copán, donde tiene que enfrentar una serie resistencia (sin ninguna relación, desde luego, con la antigua ciudad-Estado maya, extinta ya desde hacía más de seis siglos). A continuación, y siempre con muchas dificultades, Alvarado y los suyos se esforzaron, entre 1530 y 1538, de asegurar su dominio sobre el resto de la parte occidental de Honduras. Esta no se podrá considerar definitivamente dominada hasta después del fracaso del levantamiento general de los lenca, iniciado en 1537, bajo la conducción de un líder indio llamado Lempira.

A pesar (o tal vez a causa) de la debilidad histórica de los testimonios sobre Lempira, los intelectuales hondureños de finales del siglo XIX y principios del XX se dedicaron a presentarlo como el equivalente de lo que es Vercingetorix en la historiografía legendaria francesa: el impávido héroe de la resistencia autóctona frente a la brutalidad del invasor extranjero, y por lo tanto el primer héroes patriótico, lejano precursor de la independencia nacional. Su leyenda, frágilmente fundada sobre las indicaciones de un cronista tardío y poco fiable, pero pertinazmente divulgada por la enseñanza escolar, narra que, desesperados por la irreductible resistencia de Lempira, los españoles llegaron finalmente a vencerlo por medio de un cobarde ardid: habiendo podido acercarse a él bajo el pretexto de negociar, lo mataron a traición de un tiro de arcabuz, en 1538, cerca de Erandique, en el mero centro de la región que había visto nacer el héroe lenca.

Hasta hace poco, todo parecía indicar que esta narración era pura leyenda. Pero, de una manera absolutamente inesperada, en 1987 un historiador hondureño que da fe del carácter histórico del personaje de Lempira. Se trata de una probanza de méritos, fuentes de gran credibilidad puesto que aquel tipo de documento era solemnemente

establecido en presencia de los magistrados de la Audiencia, llamados a ratificar, bajo la vigilancia de un procurador general, la validez de una serie de testimonios nominativos, detallados y precisos. La atención jurídica puesta en la verificación de esos atestigüamientos se debía al hecho de que, mediante dicha probanza de méritos, los sujetos que consideraban haber sido mal pagados por los servicios prestado en la conquista de las Indias, trataban de hacer valer sus derechos ante el rey, con la esperanza que éste los recompense por la atribución de una gratificación o de una pensión.

Ahora bien, el gran "mérito" del cual se prevalece el autor de la citada probanza, un soldado llamado Rodríguez Ruiz, consiste justamente en haber dado muerte en lucha singular a un "capitán rebelde" llamado Elempira, en lugares y fechas que corresponden basta bien a la señalado en la leyenda.² Sin embargo, las circunstancias de la rebeldía y de la muerte de Lempira, contadas por Rodrigo Ruiz, distan mucho de coincidir con los episodios de la narración mitológica. En efecto, si Elempira es efectivamente presentado como un rebelde sedicioso, él no dispone de un formidable ejército como lo cuanta la leyenda: Ruiz le atribuye solamente 2000 guerreros armados (lo que, por cierto, ya no es poco cosa).

A la cabeza de dichos guerreros, Elempira había atacado y devastado el campamento militar que los españoles de Francisco de Montejo habían establecido en Siguatepeque. Habiéndolo incendiado y aprovechando la confusión, Elempira había manda desenterrar los restos de dos españoles muertos durante una batalla precedente. Arrestados primero en su sudario por el campamento devastado, y luego despojados de sus ropas, los cadáveres profanados terminaron colgados de las ramas de los árboles, bajo la orden del jefe de los indios rebeldes.

Reletado con sumo detalle en la probanza de méritos de Rodrigo Ruiz, todo eso constituye el preámbulo de la proeza del narrador. Después de retirarse Elempira y sus guerreros, éste, dejando a Montejo con la mayor parte de su tropa en Siguatepeque, se lanza con algunos compañeros en persecución de los indios, con la intención de cobrar una revancha después del mal golpe que les habían infligido. Habiéndolos alcanzados, Rodrigo Ruiz, a pie y tan sólo armado de una espada y una rodela, penetra con intrepidez entre la turba de los partidarios de Elempira, lo provoca en duelo, y termina matándolo al cabo de un combate con armas blancas (y no de un tiro disparado por la espalda, como narra la leyenda). Singular detalle, patético y conmovedor: el Elempira que luchó contra Rodrigo Ruiz andaba vestido con la ropa recuperada sobre los cadáveres de los españoles que habían hecho desenterrar. Igualmente, las armas que llevaba a la mano y que le sirvieron en su último combate eran también armas españolas, quitadas al enemigo. De tal modo que el héroe del cual la leyenda patriótica hondureña hizo el símbolo de la resistencia autóctona contra el agresor ibérico, en realidad cayó vestido de pies a cabeza con el atuendo de un guerrero español...

² C.f. Mario Felipe MARTINEZ CASTILLO: *Los últimos días de Lempira y otros documentos. El conquistador español que venció a Lempira*. Tegucigalpa, Universidad Nacional Autónoma de Honduras, Editorial Univesitaria, Colección "Documentos" n° 2, 1987, 115 p. Dicho libro reproduce el texto completo de la probanza de méritos, precedido de un comentario redactado por su descubridor.

El victorioso Rodríguez Ruiz cortó la cabeza del vencido rebelde, volviendo a cruzar las filas enemigas con ese sangriento trofeo en las manos (circunstancias durante las cuales dice que recibió varias heridas), logró traer triunfalmente a Siguatepeque para entregar la prueba de su hazaña a su jefe, el adelantado Francisco de Montejo. Tales fueron, respaldadas esta vez por un documento históricamente fidedigno, los verdaderos hechos del fin de Lempira y de la rebelión de los lencas. La leyenda y la verdad histórica coinciden al considerar que fue realmente la derrota y la muerte de un cabecilla llamado "Lempira" que puso término a la resistencia que los indígenas opusieron a la penetración española en la región centro-occidental de Honduras.

Mientras tanto, en las regiones costeras, donde la conquista encontraba menos obstáculos, el universo colonial y a se estaba consolidando, prosperaba en los ríos Aguán y Quimistán, y las primeras haciendas de ganado se establecían en el hinterland de Puerto Caballo. Para concretizar el avance de los españoles en esas zonas interiores donde el clima se revelaba menos insalubre y pernicioso que en el litoral, se hacía sentir la necesidad de crear un asentamiento urbano. Es porque, en 1536, Pedro de Alvarado funda en el valle de Choloma la Villa de San Pedro Sula de Puerto Caballos (que después se convertirá en San Pedro Sula), conectando así las dos vías de penetración de los españoles en Honduras.

El mismo año, en vísperas de embarcarse hacia España (donde espera obtener del rey la confirmación oficial de la autoridad que de *facto* ejerce sobre las regiones conquistadas en América Central), el bravo conquistador ordena a uno de sus subordinados fundar la ciudad de Gracias a Dios, en la parte sudoccidental de Honduras. Era un desafío osado, ya que en aquel momento los españoles todavía no habían acabado con la resistencia de los lencas.

Alvarado regresará de España conformemente revestido del título de gobernador general de Guatemala. Después de algunos disturbios adicionales, cuyo detallado recuento resultaría muy largo aquí, el orden colonial comienza a hallar una configuración estable en Centroamérica bajo la autoridad del despiadado administrada por un lugarteniente-gobernador, lo que posteriormente será el territorio de Honduras. Alvarado reside en la capital guatemalteca, donde la vida social se organiza bajo su égida personal. Habiendo obtenido el conquistador que le mandaran desde España una docena de señoritas nobles, empieza a constituirse en la capital de Guatemala una élite urbana formada de españoles, mientras que el resto del país se entrega al régimen de las encomiendas. En la apartada Honduras, la prioridad es la extracción de los metales preciosos, y la cría extensiva de ganado se desarrolla como actividad complementaria. Inicialmente confinada en el interior de Puerto Caballos y luego de Trujillo, la ganadería gana progresivamente terrenos hacia las regiones centrales de Olancho, donde, por la ruina de las actividades agrícolas que implica ese tipo de apropiación del territorio, se acelera la eliminación de las poblaciones indígenas.

Más lentamente, a ganadería también se extiende hacia las zonas de Yoro, de Agalteca y de Comayagua. En este último lugar, cerca de unas importantes minas de oro que acaban de ser descubiertas, una nueva ciudad, en ese tiempo llamada Valladolid

(ahora Comayagua), es oficialmente creada en 1540, en un lugar que los administradores de la época seleccionan por hallarse "equidistante de los dos mares". Proyectan fijar allí la capital del país, demostrando así el avance de la integración territorial de Honduras y la toma de conciencia de su vocación "ístmica".

De hecho, entretanto el litoral hondureño del Pacífico también había sido descubierto. Desde 1521 soldados de Alvarado, procedentes de Guatemala por el camino de El Salvador, habían estado lavando oro en los ríos próximos de Choluteca. Poco tiempo después, en 1522, navegando desde Panamá en un viaje de reconocimiento que debía conducirlo hasta Tehuantepec, el piloto Andrés Niño había explorado el golfo, al cual dio el nombre de su benefactor, el influyente obispo español Juan Rodríguez de Fonseca. De manera simétrica a lo que ocurría en la costa norte, la cría extensiva de ganado no tardó en tomar también importancia en esa zona, como complemento de la extracción minera.

La importancia de la ganadería irá creciendo cuando serán descubiertas las ventajas y comodidades que presenta la depresión central como vía de comunicación entre los litorales del Atlántico y el Pacífico. La apertura del tráfico transístmico no sólo ofrece salidas para el ganado de Choluteca, sino también a la sal que se ha empezado a producir en las salinas de la misma región. Al mismo tiempo, el desenclavamiento de la región del Golfo tendrá como consecuencia el valoramiento, entre Choluteca y la región de Comayagua, de regiones próximas a la actual capital del país, hasta entonces dejadas de lado, pero que poco a poco se van dedicando a la ganadería. Más tarde allí también se descubrirán minas, motivos que justificará la fundación de una aglomeración en la ubicación de la actual Tegucigalpa, en el año de 1578.

Mucho antes, ya en 1540, se habían oficialmente establecido las aglomeraciones de San Jorge de Olancho, en una región fértil y de muchos ríos auríferos, y de Jerez de la Frontera de Choluteca. Ésta tendrá sin embargo que esperar hasta 1585 para ser promovida al rango de villa. Con todo esto, el espacio colonial hondureño adquiere su conformación global a la par que se reduce dramáticamente su población indígena. Por supuesto, al igual que en otras partes, las epidemias jugaron aquí un papel preponderante. La que devastó la región de Trujillo en 1533, por ejemplo, es famosa por haber aniquilado a la mitad de los autóctonos. La esclavitud y la ganadería extensiva (cuya eficacia para vaciar una región de los hombres que la ocupan es bien conocida) se encargaron del resto. Explotados de sus bases agrícolas, los indígenas mueren de miseria y de hambre, a la par que no resisten a las condiciones muy duras de trabajo que se les va imponiendo en los centros mineros. Sufren además de la pérdida de varios millares de su población útil, al verse ésta deportada hacia las minas del Perú, nueva colonia descubierta en 1532, y donde los españoles tratan de solucionar la escasez de mano de obra mediante la importancia de esclavos traídos de Centroamérica.

Otro efecto del descubrimiento del Perú fue que la región de Panamá se convirtió repentinamente en una importante vía de transborde transístmico, en la que, a la espera

de que se organizase un tráfico mular,³ el tameme (cargador indígena) era el único medio de transporte disponible. Por esa razón se incrementó bruscamente la demanda de esclavos. Todo esto pesó fuertemente sobre la población indígena de Honduras. Y reducida a 50-60.000 individuos alrededor del año 1540, ésta sigue disminuyendo vertiginosamente, a tal punto que ya no se cuentan más de 18.000 autóctonos en 1590. Por tanto, se pueden considerar fundadas las quejas de los españoles de Honduras que afirman que, a partir de 1550, ya no hay esclavos exportables, puesto que los indígenas restantes ya no bastan para satisfacer las necesidades locales, a pesar de las modestas que son éstas en demanda de mano de obra. Para compensar esa falta de brazos, se plantea la necesidad de recurrir a la importación de esclavos negros.⁴ Para éstos, la desolación del paisaje circundante, ya desertificado por la vagancia del ganado, constituirá la más eficaz disuasión contra la tentación del cimarronaje.

Tal es el balance de la fase inicial y brutal de la conquista, que realizaron esos hombres intrépidos, ávidos y sin escrúpulos, entre los que la figura de Pedro de Alvarado ofrece la más notable ilustración.

A éste, muerto en 1541, no le tocará conocer la fase siguiente, que de todas maneras le hubiera profundamente disgustado. De hecho, con la América indígena definitivamente sometida, toca a su fin la época de los aventureros espadachines cediendo el campo a una nueva era en que sacerdotes, juristas y funcionarios públicos mandados por la Corona se encargarán de recortar los excesivos privilegios y el margen exagerado de autonomía que los conquistadores habían acaparado a lo largo del prolongado lapso durante el cual no había otra opción que la de dejarles hacer lo que se les antojaba.

Alrededor de 1540 llega a la hora de la normalización jurídico-administrativa, hasta cierto punto en defensa de los indígenas. Desgraciadamente, en las zonas desoladas por la trágica combinación de la explotación minera, de la ganadería extensiva y de la exportación de esclavos (factores que se acumularon en Honduras), dicha hora llegaba tarde: ya casi no había autóctonos sobrevivientes que pudieran beneficiarse con las medidas que se dictaminaban para frenar su ocaso.

³ Muy pronto, Costa Rica dedicará la mayor parte de su territorio a la crianza de mulas, a fin de responder a la demanda panameña. Ésta llegó a tener tanta importancia que sus efectos se hicieron sentir en zonas tan alejadas como es la región de Choluteca, donde también se desarrollaron importantes criaderos de mulas para abastecer el mercado de Panamá.

⁴ Hasta 1543, no había más negros en Honduras que los que hacían parte de la domesticidad privada de algunos españoles. En 1543 llegó el primer contingente de negros esclavos procedentes del África. Dos años después, éstos ya alcanzaban la cantidad de 1.500.